



PRIMER AÑO.

VIERNES 16 DE ABRIL DE 1847.

ADVERTENCIA.

Las personas que tanto en Madrid como en las provincias se suscriban al EL FARO antes del 1.º de mayo, recibirán:

Los que se suscriban por mes.....	1
Los que se suscriban por tres meses.....	2
Los que por seis.....	4
Los que por un año.....	8

Para los suscritores de seis meses, su suscripción no empezará á contarse sino á 1.º de mayo, recibiendo como regalo los números que se publican en abril.

Las obras, entre las cuales frán escoger los suscritores á EL FARO, son: el *Verano*, novela en un tomo, por Jorje Sand; *Clara Howe*, novela en cuatro tomos, por Richardson; la *Casiana*, novela en tres tomos, por Alejandro Lavergne; y el *Caballero de la Rosa*, novela en cuatro tomos, por Alejandro Dumas.

En Madrid las suscripciones se admiten todos los días, en la librería de Monier, Cera de San Geronimo, y en las oficinas de EL FARO, establecidas provisionalmente en la calle de la Herrería, núm. 36, cuarto entresuelo.

En las provincias la suscripción á EL FARO se hace en libranzas á favor del administrador de EL FARO, en los puntos siguientes: Sevilla, por Santaner, Riesgo; Granada, García, oficina correos; Cádiz, Fagundo, oficina de correos; Barcelona, Eolodro, L.; Valencia, Belda, id.; Almería, Jergara y compañía, del comercio de libros; en Málaga, Cabrera, idem; en Santiago, Rey, id.; en Zaragoza, Heredia, id.; en Mérida, Argos, Aniaz.

PARTE POLITICA.

MADRID,

VIERNES 16 DE ABRIL

La necesidad de acudir á la defensa de los principios políticos que profesa el partido monárquico-constitucional en una época en que muchos creen ineficaces para continuar valiéndose de los consejos de la corona, es la causa que nos ha impulsado á publicar este periódico.

Es opinión, muy extendida, con razón ó sin ella, de que el ministerio actual, por incidentes que acompañaron á su entrada en el poder, por la posición que ocupa en ambas cámaras, por la singular combinación de personas y su conjunto presenta, y por los compromisos que, según se supone, ha contraído el mas activo de sus miembros, está destinado á servir pesadamente la transición á un gabinete progresista. De aquí nace la alarma que conmueve á nuestros amigos; le aquí también las acusaciones que contra la política de nuestro partido se fulminan hoy, precisamente en los momentos del peligro por algunos que en ellas quieren hallar tal vez dalsas de su laqueza ó quizás justificación á sus peores.

Para combatir las tendencias de ensañamiento de transición, que consideramos inoportuno, y por lo tanto pernicioso; para rechazar altamente esos infundados cargos que al partido monárquico-constitucional se hacen por su administración durante estos últimos tres años; para poner de manifiesto las desastrosas consecuencias que tal vez producen ya las indefinibles opiniones que hoy predominan en el poder; para demostrar hasta qué grado son poderosos los recursos que todavía cuenta nuestro partido; en un palabra, para pelear, pues que á la lid se premen todos, hemos tomado la pluma, resueltos á correr á suerte, desgraciada ó venturosa, á nuestra

bandera, y con alentadas esperanzas de que al fin quedará triunfante.

No hay ministerio que pueda establecerse, sin contar aun mismo tiempo con el triple apoyo de la corona, del parlamento y del país. Nosotros haremos ver que el actual gabinete nada representa ante la opinión pública, y muy poco en presencia del parlamento; demostraremos que si vive, es, ó por tolerancia ocasionada en el temor de algunos amigos nuestros, ó por efecto de la coalición, que todos los días se ve obligado á mendigar en los bancos de la izquierda; finalmente probaremos, que para batallar contra los unos y contra los otros, según se mostró resuelto á hacerlo su esclarecido presidente, no basta la fuerza del querer, ni la habilidad en el decir.

En los países gobernados constitucionalmente, no se fundan las tradiciones de los partidos de un año para otro: en los países gobernados constitucionalmente no hay partidos sin historia; en las naciones así gobernadas, no basta que quiera un hombre político; es menester que con él quiera un partido. Para batallar contra los unos y contra los otros, el ministerio actual no cuenta con ninguno.

Gabinete de transición forzosa cuya vida durará apenas lo bastante para demostrar la impotencia política de ciertas individualidades prematuramente elevadas al poder, el ministerio actual, tal como hoy se encuentra constituido, está destinado á morir dentro de un breve término y á envolver en su ruina al partido, cuya representación reclama, si este no acude á poner con tiempo en salvo los principios que tantas veces le dieron la victoria.

Obligado el ministerio por la condición que le dominó, esencialmente al tiempo de su formación, á aceptar el influjo y la ley de opiniones contrarias á las que, según dice y nosotros creemos, profesa, ó entregará el poder á los que con título de auxiliares y con intención de enemigos avasallan su política, ó habrá de reformarse rompiendo con sus astutos y temibles aliados, ó tendrá que ceder al fin el puesto á otros hombres en quienes con mas independencia fidelidad se simbolizan las verdaderas doctrinas conservadoras. De aquí se infiere, que el ministerio actual solo puede dar esperanzas á los progresistas, y solo así alcanzamos á explicar el extraño y humillante protectorado con que estos le favorecen y amparan.

Ahora bien: nosotros no creemos en la abnegación de ningún partido; cuando el progresista de tal modo ayuda y apoya al gabinete Pacheco-Salamanca, claro es que no lo hace sino en virtud de un interés político que, siendo exclusivamente suyo, debe sin duda alguna ser muy contrario á los intereses nuestros. Nosotros dedicaremos nuestros trabajos á demostrar por qué causa, ó hasta qué punto, y con qué medios se sacrifican á ese interés extraño los del partido cuyas doctrinas defendemos.

El ministerio actual con la crónica de su formación, con la no menos pasmosa y muy dorada de sus planes financieros, con los lances que se cuentan de sus secretas agitaciones, con las preponderantes, exóticas y mal diñunadas influencias á que, según se asegura, somete la cuestión de Portugal, tan unida á la de nuestra política interior, finalmente, con las doctrinarias pretensiones de su ilustre presidente á un sistema racional, en el sentido filosófico de esta palabra, austero, arraigado y estable, es el problema po-

lítico que absorbe hoy exclusivamente la atención del país. Todos comprenden que con la caída de este gabinete se vá á fijar por algún tiempo la suerte próspera ó adversa de las dos grandes fracciones en que se divide la escuela liberal, y todos ponen la vista en la muerte del ministerio, sin ocuparse de su vida sino en cuanto tiene relación con su fin: todos miran el poder de que es depositario, ó como un caudal que ha caído en manos peligrosas, ó como un patrimonio que no deba tardar mucho en pasar á las de nuevos, impacientes y codiciosos herederos.

Esta es la verdad, y por eso al empezar nuestra existencia periodística, la señalamos como el objeto que mas profundamente debe ocuparnos, como el hecho mas comprensivo é importante de la época en que nacemos.

Si la palabra *situación*, que el uso de los periódicos ha consagrado, significa alguna cosa, puede decirse que el ministerio es la *situación*; situación problemática, embarazosa y nublada; situación necesariamente pasajera, que mas bien es el anuncio de otra situación mas definida; situación, en fin, que las célebres palabras del Sr. Pacheco *«apres moi le déluge»* califican bastante. Examinar lo que el ministerio es desde su origen, lo que vale por lo que representa, lo que podrá ocasionar según lo que ya ocasiona, es por tanto lo mismo que examinar y definir la situación política en que nos hallamos, con todas las consecuencias probables que de ella pueden originarse. Determinar la fuerza y la importancia actual de nuestro partido, enumerar los recursos y las armas de que puede usar en el combate á que tal vez se le provoca, darle la conciencia de su capacidad y de su poderío, señalar, en fin, con tenaz persistencia y resolución fuerte el camino que debe seguir, vale tanto como demostrar el influjo y la participación que le corresponde en las determinaciones políticas á que debe dar ocasión la conducta del gobierno; vale tanto como conjurar el diluvio, que en pos del Sr. Pacheco nos amenaza.

Vencidos ó vencedores, no se dirá, pues, que cedemos envueltos en la ruina ministerial por ser cómplices de sus actos: no queremos que se diga de nosotros que caímos sin luchar por descendencias injustificables ó por miclo á las intimidaciones que no sin vulgares arranques de habilidad se estan empleando con ciertos ánimos apocados y asustados. Sabemos á dónde llega el limite de esas amenazas: pudiéramos acaso devolverlas con usura; pero teniendo, como tenemos, el conocimiento de nuestra fuerza, y no pequeña confianza en el poder de la discusión, ningún trabajo nos costará el dar su verdadero valor á las pretensiones de sutil travesura, en que según parece se libra hoy la resolución de las mas graves y delicadas cuestiones; ni mucho menos haremos uso de argumentos terríficos y melodramáticos, que generalmente no prueban otra cosa que la inquieta preocupación del que los emplea.

Vamos pues á correr la suerte del debate en el palenque de la discusión, sin dejarnos arrastrar por la formulada elocuencia con que á las veces se quieren combinar las individualidades mas opuestas ó justificar doctrinariamente aspiraciones que no pasan de personales; vamos á negar la omnipotencia de la palabra que en todos casos busca por empeño conciliaciones, en muchos de ellos imposibles; vamos á resistir la influencia de

los ardientes y revoltosas seducciones de algunos, que gracias á los milagros de su encumbración se imaginan que allí donde ellos están, está el centro del mundo y la mina de la habilidad humana. A los que con tan buenas armas han atacado lo que fue, tócales hoy sufrir la ley del exámen y los rigores inevitables del análisis. Vamos á probar que no es su casa la que tiene menos vidrios en el tejado.

Para llevar á cabo nuestro intento, contamos con el auxilio denodado de todos los que se interesan en que nuestro partido no pierda la posición que el voto del país y las mayorías parlamentarias le dan derecho á reclamar; contamos también con que nuestra voz, la voz de la verdad en toda su rigurosa exactitud, hará que al fin prevalezca el conocimiento de los verdaderos intereses del trono constitucional en la elevada región, en donde mas especialmente se acostumbra á tratar sobre la suerte de la monarquía.

Somos por tanto, y ciertamente no necesitamos decirlo, un periódico de oposición al gabinete actual; no seremos, empero, jamás un diario de oposición violenta, y mucho menos personal. Si un día el gabinete Pacheco rompiera pactos que sin firmarlos, y contra su voluntad acaso, pesan sobre él; si un día el gabinete actual se echase francamente en brazos del partido moderado, acaso ese día olvidáramos su origen para salvarlo de los mismos escollos que él se ha creado, para salvar al mismo tiempo la causa de esos principios que han dado la paz al país, estabilidad al trono y esperanza á los amantes del sistema representativo en nuestra patria.

Cuatro horas invirtió ayer el Congreso en la discusión del proyecto de ley para el reemplazo del ejército, y el debate no tomó un carácter político hasta el discurso del Sr. Ordax Aveçilla. Los Sres. Lujan y Millan Alonso al defender las dos enmiendas, por dichos señores presentadas al proyecto de la comisión, demostraron la necesidad de reformar la actual ley de reemplazos en beneficio de las clases populares; pero como el gobierno ofreciese solemnemente presentar muy pronto una ley con este objeto, el Congreso no tomó en consideración y en votaciones nominales, las enmiendas y adiciones presentadas al dictamen. La mayoría moderada, esa fracción á la que el diario ministerial de la noche trata ayer con una violencia injustificable, por qué prefirió dar sus votos al Sr. Ríos Rosas, su candidato antiguo, y no postrarse ante el candidato del ministerio, votó ayer una y otra vez con el gabinete, libertándole de una derrota tan facil como segura.

Pero en cambio el Sr. Ordax Aveçilla, uno de los miembros de la minoría progresista; para la cual no tiene la *Union* mas que palabras de alabanza, rompió abiertamente la tregua mantenida hasta aquí con el gabinete, declarándose en abierta oposición.

En el salón de conferencias del Congreso circularon ayer noticias muy contradictorias sobre la situación en que se encuentra el gabinete. Lo instable de la situación que atravesamos es una cosa evidente para todo el mundo. ¿Cuál será su desenlace? Difícil sería hoy predecirlo.

La situación á que los últimos sucesos han traído al partido moderado, no es apreciada solo por nosotros, como en otro lugar lo hacemos. En

período muy autorizado, acaso el primer periódico moderado de las provincias, el *Comercio* de Cádiz, en su número del día 11 de abril, que acabamos de recibir, publica el siguiente notabilísimo artículo:

«Graves, gravísimos son los acontecimientos políticos que han tenido lugar en los últimos quince días. Abriéramos la esperanza de que ellos ofrecerán para lo sucesivo una lección saludable al partido moderado. Nunca ha sido mas completo el triunfo que moralmente está obtenido en la opinión pública la política que ha dominado en nuestro país durante los tres últimos años.»

«Hacia tiempo que una fracción de nuestro partido, una fracción que en todas las cuestiones importantes, ha votado contra la mayoría moderada del parlamento, combatía en la tribuna y en la prensa á los jefes de esa misma mayoría, con objeto de apoderarse del gobierno, y realizar en él una política que para distinguirla de la que se ha seguido hasta aquí, llamaban sus apologistas, tolerante y reparadora.»

«Desgraciadamente la fracción á que aludimos, no se había limitado últimamente á combatir en el terreno que se señalaba el puritanismo de sus principios políticos. A mas alto sitio había dirigido sus miras. Ya no se buscaba el poder en el parlamento: se buscaba en un lugar elevado, y se buscaba por medios evidentemente estraparlamentarios.»

«Es justo, sin embargo, advertir, que en el seno de esa fracción de nuestros amigos políticos había y hay dos matices distintos, dos verdaderas fracciones que aparecen hoy trabajosamente amalgamadas: la fracción Pacheco y la fracción Salamanca. La primera deseaba sin duda el poder, pero no prescindía enteramente de sus principios para alcanzarlo: no tomaba parte sino con cierta reserva en las tentativas que se hacían para derrotar á los ministros que merecían aun la confianza de S. M.»

«Eran el señor Salamanca y sus amigos los que atizaban ocultamente, si hemos de dar crédito á nuestras noticias, el fuego de la discordia, y tanto mas alarmaban al partido moderado estas maquinaciones, cuanto se sabía, por ser un hecho público, las íntimas relaciones que existían y existen entre la fracción Salamanca y el general Serrano.»

«El general Serrano es sin disputa una de las personas mas recomendables del partido progresista. La templanza de sus opiniones y el candor con que las profesa, figurándose sin duda que había de aceptarlas el día de su victoria, el partido político á que pertenece, le ha merecido no escasas simpatías, aun en el mismo partido moderado, simpatías que han colocado al general Serrano en una buena posición, como hombre particular, pero que serían altamente funestas para el país, si le favoreciesen del mismo modo como hombre político.»

«Así, cuando el ministerio anterior supo que el joven general se unía á los amigos del Sr. Salamanca para apoderarse de la dirección de los negocios públicos, debió temer necesariamente que el gabinete que bajo tales auspicios se estableciera, sin satisfacer á ningún partido, sería nada mas que un puente para hacer pasar el poder á manos de los progresistas.»

«Dominados los ministros por esta convicción que están haciendo buena los sucesos, hubieron de adoptar, contando con el apoyo de las cortes, las medidas que conocen ya nuestros lectores, medidas que tuvieron por objeto, alejar primero de Madrid al Sr. Serrano, y reprimir despues la osadía con que en un momento de obcecación se negó á cumplir las órdenes que se le comunicaron.»

«Desgraciadamente el ministerio no pudo ó no supo realizar completamente su propósito, pues perdió, por causas que ignoramos, la confianza de la corona. El ministerio fué destituido y al Sr. Pacheco se le encargó la formación de un nuevo gabinete.»

«Aquí empieza ya la responsabilidad de los hombres que ocupan hoy el poder. En nuestra opinión la primera falta del Sr. Pacheco fué aceptar la misión importante que se le encomendaba. El señor Pacheco, hombre de principios y de una alta reputación, no debió nunca entrar en el gobierno sino para realizar libremente su política sin trabas ni obstáculos de ninguna especie; y al señor Pacheco no podía ocultársele que para formar hoy

FOLLETIN.

RECUERDOS DE ITALIA,

por ALEJANDRO DUMAS.

Una venganza.

Cierta dia del año 1501, apareció en las esquinas de las calles de la ciudad de Nápoles el siguiente cartel: «Se entregará la suma de cuatro mil ducados cualquiera que ponga en poder de la justicia, vivo ó muerto, al bandido calabrés Rocco del Pizzo.»

La regente, ISABEL DE ARAGON.

Tres días despues se presentó un hombre al ministro de la policía, y le hizo saber que conocía el medio infalible de apoderarse del criminal que se buscaba pero que en vez de la cantidad prometida en el edicto exigía una gracia que únicamente la regente podía otorgarle; es decir, que solo con su alteza quería enterarse acerca del asunto.

El alto funcionario contestó al desconocido, que le parecía oportuno incomodar á la duquesa Isabel, con tan insignificante bagatela; que se habían ofrecido cuatro mil ducados y no merecidos de otra clase, y que por lo tanto, si le convenía ganar aquel precio puesto á cabeza de Rocco del Pizzo, entregase á este á la autoridad, y en el acto lo recibiría en moneda corriente.

El desconocido meneó con desprecio la cabeza, y retiró. Aquella misma noche se cometió un robo en la Resina y Torre del Greco, pero con tanta audacia, que todos en la ciudad opinaron unánimemente al atribuir tan famoso golpe de mano á Rocco del Pizzo, único hombre capaz de emprenderlo.

Al día siguiente, concluido el consejo, pidió la regente esplicaciones sobre el suceso al ministro de poli-

cía; pero este nada pudo decir de nuevo, pues el autor del atentado había desaparecido, como siempre, y según todas las probabilidades, ejercía ya á la sazón en otro terreno su temible industria. El ministro no obstante recordó al hombre que se le había presentado el día antes, ofreciéndole poner en sus manos al malhechor, y acto continuo refirió á Isabel todos los pormenores de aquella entrevista, añadiendo que como la primera condición del desconocido era tratar directamente con S. A., á fin de pedirle una gracia en vez de la cantidad ofrecida, habia creído cumplir con su deber refusingo la entrevista solicitada por un hombre que al fin no se sabía quién era.

«No habeis brado con acierto, le respondió la duquesa: disponed que sin perder momento se busque á ese hombre, y si dais con él traedle á mi presencia.»

El ministro se inclinó profundamente, y dijo que iba seguir la pista al desconocido, poniendo en juego toda la astucia de sus numerosos agentes. Así lo hizo efectivamente, haciendo circular las señas del hombre de la conferencia, y mandando que una vez descubierto su paradero, se le guardasen las mayores consideraciones, custodiándole sin ocasionarle la mas leve incomodidad.

Aquel día transcurrió sin que las pesquisas que se practicaron produjesen resultado alguno, y por la noche tuvo el gobierno noticias de otro robo cometido en Aversa, aunque acompañado de circunstancias mas repugnantes que el anterior; de modo que á todos pareció mas que probable que Rocco del Pizzo, por motivos de conveniencia personal, se iba acercando poco á poco á la capital.

El ministro de policía se reprendió entonces amargamente su propio descuido, por haber desechado del todo las proposiciones del incógnito, y se aumentó su cuidado al notar que la regente preguntó varias veces si se habia descubierto el retró de aquel. Nada satisfactorio se podía anunciar á S. A. relativo á las órdenes que habia dado al ministro; y así fué que se

perdió un día mas, sin que nadie fuese capaz de averiguar el asilo en que se ocultaba nuestro misterioso personaje.

Por la noche llegó á su colmo la ansiedad del ministro, pues supo que la policía acababa de encontrar en el punto conocido por la Cava, situado en el camino de Amalfi, el cadáver de un hombre: estaba enteramente desnudo y tenia un puñal clavado en el corazón, y la opinión pública, con fundamento ó sin él, atribuyó este nuevo crimen á Rocco del Pizzo.

En cuanto al muerto, se halló ser un caballero joven, llamado generalmente Raimundo el Baskardo, que pertenecía, á pesar de la mancha de su nacimiento que revelaba el sobrenombre, á la poderosa casa de los Carraccioli, favoritos obligados de las reinas de Nápoles y uno de cuyos miembros cumplía, al decir de las gentes, para con la duquesa Isabel de Aragon, aquel cargo hereditario en la familia.

Desesperóse el ministro al oír la fatal nueva, y mucho mas cuando media hora despues recibió una orden apremiante de la regente para que fuese á palacio. Obedeció al punto y no pudo menos de notar desde luego que Isabel le esperaba con semblante severo y aun irritado y que á su lado se hallaba Antonello Carracciolo, hermano del asesino Raimundo, sin duda para pedir justicia contra tan inicua maldad.

Isabel preguntó en tono seco al pobre ministro, si habia descubierto alguna cosa nueva con referencia al hombre desconocido; y contestó humildemente, que sus espías habian recorrido en vano las madrigueras ocultas en todas las plazas y barrios de Nápoles: la regente le concedió lo que faltaba de aquel día para que lo emplease en nuevas averiguaciones, previniéndole que si al día siguiente no hubiese parecido el hombre que se buscaba, ó no se encontrase Rocco del Pizzo en poder de la justicia, tuviese entendido que no debia presentarse delante de S. A. sino para entregar su dimisión, supuesto que el conde Antonello Carracciolo asegura-

ba que solo aquel célebre y bárbaro facineroso podia haber perpetrado tan negro delito.

El ministro, de vuelta de palacio, y absorto en penosas reflexiones, ponía ya el pie en el umbral de su casa, cuando dirigiendo casualmente la vista hacia la plaza, creyó distinguir en un hombre embozado que mataba el tiempo paseándose al sol, cierta semejanza con el que buscaba. Detúvose luego como si lo hubiesen clavado en aquel sitio, pues temblaba al figurarse que sus ojos podían muy bien engañarle; pero cuanto mas miraba al embozado, mas se afirmaba en su opinión: adelantose en consecuencia hacia él, y á medida que se fue acercando reconoció con tanta alegría como ansiedad que no se habia equivocado.

El desconocido le dejó aproximarse sin hacer el menor movimiento que indicase deseos de huir ni de salirle al encuentro: el ministro, sin embargo, temió que tal vez intentaría escaparse, y le puso la mano en el hombro diciéndole:

—Por fin te he encontrado..... gracias á Dios.

—En efecto..... yo soy, contestó el hombre, pero ¿qué me quereis?

—Levante á presencia de la regente que desea hablarle.

—¿De veras? Es algo tarde.

—¿Qué es eso de algo tarde? le preguntó el ministro, temiendo que acaso se negase á revelar lo que sabia; no os entiendo.

—Quiere decir, que si hace tres días hubiérais hecho lo que haceis ahora, se contarían en los anales de Nápoles dos robos y un asesinato menos.

—Pero supongo que no habrás mudado de parecer.

—Nunca acostumbro á volverme atras.

—De modo que tenéis intención de entregar á Rocco del Pizzo si te se concede lo que solicitas....

—Sin duda alguna.

—¿Puedes hacerlo?

—Me es tan fácil salir con la empresa como entregar me yo mismo en vuestras manos.

—En tal caso ven conmigo.

—Hablemos primero cuatro palabras. ¿Hablaré á la regente?

—Sí.

—¿A ella sola?

—Sí.

—Vamos pues.

—No debo pasar en silencio un requisito indispensable: al entrar en palacio darás tus armas al oficial que está de servicio.

—Creo que esa es una costumbre establecida.

—No te equivocas.

—Pues entonces, ¿á qué ocuparnos de ella?

—Es decir que consentes.

—Consiento.

—Siendo así, puedes seguirme.

—Estoy pronto.

El desconocido echó á andar detras del ministro, que no cesaba de mirarle de diez en diez pasos, para cerciorarse de que su misterioso acompañante no pensaba en tomar otro rumbo. Llegaron por fin á palacio, cuyas puertas se les abrieron de par en par, y pocos momentos despues se encontraron en la ante-cámara de la regente. Desde allí se hizo anunciar el ministro, y fué introducido sin pérdida de momento, en tanto que el desconocido entregaba al oficial de la guardia interior el puñal y las pistolas que llevaba.

Cinco minutos despues salió el ministro para hacer entrar á su acompañante: atravesaron juntos dos ó tres aposentos, penetraron en un espacioso corredor y acercáronse á una puerta que á su extremo se veía: llamó el ministro á ella suavemente, y en seguida la abrió; era la del oratorio de la regente, en el cual les esperaba la duquesa Isabel. Aunque probablemente era acaso la primera vez que el desconocido se encontraba delante de aquella princesa, no se mostró turbado de modo algu-

